

»En el concilio de Amalfi, el Papa dió á Roger la investidura de los ducados de Pulla y de Calabria; entónces fué cuando la célebre condesa Matilde, viuda del conde Godofredo, casó con el duque de Baviera.

»San Bruno, que habia sido maestro del Papa, fué invitado entónces para asistir á los consejos del estado.

»Desde el concilio de Benevento en 1091 hasta 1093, Urbano no habia residido en Roma á causa de los furores del cisma, pero haciéndose cada día menos peligrosos sus ataques, volvió el Papa á su capital, donde por una especie de capitulacion le fueron entregados el palacio de Letran y el castillo de San Angelo, que ocupaba la faccion contraria adicta al antipapa.

»En 1095 Urbano celebró un concilio en Plasencia, debajo de tiendas de campaña, en cuanto no habia en la ciudad iglesia bastante capaz para contener cuatro mil clérigos y el gran número de legos destinados para el servicio ó piadosos espectadores de las operaciones del concilio, cuando se les concedia el permiso de acercarse.

»Desde Plasencia, Urbano se dirigió á Francia, y en el concilio de Clermont excomulgó al rey Felipe I, porque viviendo su consorte Berta, de la que habia tenido tres hijos, concedia los honores de esposa á Bertalde, mujer de Folco, conde de Angers, vivo tambien.

»En el mismo concilio, Urbano, comovido por la elocuencia y las lágrimas de Pedro el Ermitaño de la diócesis de Amiens, decretó la primera cruzada, cuyo objeto era recobrar las tierras usurpadas por los sarracenos. Dióse á esta expedicion el nombre de cruzada, porque los soldados que formaban ya un ejército de trescientos mil hombres, distinguíanse para demostrar la fuerza de su vocacion, por medio de una cruz roja bordada en su vestido sobre la espalda derecha.

»Para animar á los fieles á emprender esta campaña, en la que tomaronse á los sarracenos muchas ciudades y castillos y que produjo el inmenso resultado de ocupar la santa ciudad de Jerusalem, Urbano concedió á los cruzados una indulgencia plenaria.»

La importancia de las cruzadas, su extension, y sus consecuencias, serian mal apreciadas si se diluyesen su narracion en las bio-

grafías de los pontífices que las decretaron é impulsaron, por cuyo motivo parece oportuno referir la primera aquí con la separacion debida, sin perjuicio de reanudar luego la narracion de los hechos de Urbano II y sus sucesores.

II.

Siempre han sido objeto de gran devocion por parte de los cristianos, los lugares que santificó Jesucristo con su preciosa sangre. Desde el principio del cristianismo, los fieles se dirigian de todos los paises á la Palestina, para orar en el mismo sitio donde se verificó la Redencion de la humanidad.

A la gloriosa Santa Elena, madre del gran emperador Constantino, fué debido el hallazgo del madero de la verdadera cruz, en una gruta inmediata al Calvario. Este feliz resultado tuvo la peregrinacion que en los últimos años de su avanzada edad hizo la piadosa emperatriz á Jerusalem. Constantino encerró dentro de un templo suntuoso el santo sepulcro del Salvador, así como otros de los principales lugares de la Pasion. Juliano hizo grandes esfuerzos para reedificar el templo de los judíos, y de este modo dar un solemne mentís á las Sagradas Escrituras, y Dios que vela incessantemente por su Iglesia, hizo inútiles todos sus trabajos, porque nada hay que pueda contrarrestar á la palabra de Dios. Esto fué un nuevo motivo para que se aumentase la devocion á los Santos Lugares, y se hiciesen mas numerosas las peregrinaciones. En la historia del siglo IV se citan los nombres de algunos célebres peregrinos, entre los cuales notaremos á Eusebio de Cremona, y á San Jerónimo que permaneció algun tiempo en Belen dedicado al estudio de los libros santos; así como Paula y su hija Eustaquia, cuyos sepulcros se encuentran inmediatos al de San Jerónimo, cerca del lugar donde se verificó el nacimiento del Salvador. Al principio del siglo V, la emperatriz Eudosa, esposa de Teodosio el Joven, hizo peregrinacion á Jerusalem, como igualmente otras muchas personas notables. La Palestina fué invadida bajo el reinado de Heraclio, por los ejércitos de Kosroes II, rey de Persia: pero despues de algunos años, el rey cristiano despues de obtener la victoria, tuvo la gloria de poder restituir al santuario de

Jerusalen el madero de la verdadera cruz, que los bárbaros habían arrebatado. Fué verdaderamente muy notable la humildad con que el rey atravesó descalzo las calles de Jerusalen, llevando sobre sus hombros la Santa Cruz, hecho cuyos pormenores son verdaderamente edificantes. Aquel acontecimiento dió origen á la institucion de la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz. En tanto que grandes trastornos agitaban la Europa, en la Palestina se disfrutaba de una tranquilidad envidiable. Allí acudian siendo ya el siglo VI, cristianos de diversos paises, pero que animados por idénticos sentimientos habian sido impulsados á emprender el viaje por el deseo de orar en aquellos lugares de tan santos y gratos recuerdos para los corazones católicos.

Dejemos á un sábio escritor de las cruzadas, describir un hecho de la mayor importancia, al que nuestra pluma no podria darle novedad. «Del centro de la confusion religiosa y política, dice: de entre las ruinas que diariamente se amontonaban en el Oriente dividido, débil, vacilante, salió un hombre con el proyecto audaz de fundar una religion nueva y un nuevo imperio. Mahoma, hijo de Abdallah, de la tribu de los Koreychitas, nacido en la Meca el año 569, que al pronto fué un pobre conductor de camellos, tenia una imaginacion brillante, un carácter enérgico, un conocimiento profundo de los pueblos de la Arabia, de sus inclinaciones, de sus gustos, de sus necesidades. El Koran, que tardó veinte y tres años en componer, al mismo tiempo que predicaba una moral pura, se dirigia á lo mas violento que hay en el corazon humano, y prometia el imperio del mundo á los mismos habitantes del desierto. A la edad de cuarenta años comenzó el hijo de Abdallah en la Meca su obra apostólica; despues de trece años de predicacion se vió obligado á huir á Medina; en esta fuga, que tuvo lugar el 16 de Julio de 622, comienza la Era musulmana. Mahoma necesitó poco tiempo para invadir las tres Arabias; el veneno interrumpió sus conquistas y puso término á su vida en 632. La obra de la guerra y del apostolado (falso), fué continuada por Abu-Beker, suegro de Mahoma, y por Omar, quién se apoderó de la Persia, la Siria y el Egipto. Amru y Serdjyl, lugartenientes de Omar, sometieron á Jerusalen, que se defendió valerosamente durante cuatro meses. Omar, que habia ido en persona á

recibir las llaves de la ciudad conquistada, hizo edificar una gran mezquita en el sitio en que habia estado el templo de Salomon. Mientras vivió el califa sucesor de Abu-Beker, la suerte de los cristianos de la Palestina no fué muy desgraciada; pero despues de la muerte de Omar, los servidores de Jesucristo tuvieron que sufrir afrentas y despojos.

»La invasion musulmana no habia detenido las peregrinaciones. Hacia principios del siglo VIII, encontramos en Jerusalen á un obispo de las Galias, San Arculfo, cuya interesante peregrinacion nos ha sido conservada, y veinte ó treinta años mas tarde á otro obispo llamado Guilbaut, del pais sajón, cuyos viajes á los Santos Lugares fueron narrados por una religiosa de su familia. Los fieles de Palestina recibian de rechazo el golpe de las revoluciones con que las diferentes potencias musulmanas se disputaban la autoridad soberana; colocados durante mucho tiempo entre los rigores de la persecucion y la alegría de una tranquilidad pasajera, vieron llegar, por fin, dias mas serenos bajo el reinado de Aarun-al-Raschid, el mas grande y eminente entre todos los califas de la dinastía de Abbas. En aquella época extendia Carlo-Magno su imperio sobre el Occidente. El gran príncipe de los Francos y el gran califa del islamismo se manifestaron mútua estimacion por medio de frecuentes embajadas y magníficos regalos. Aarun-al-Raschid hizo que llevasen á Carlo-Magno las llaves del Santo Sepulcro y de la ciudad santa: en este homenaje habia un pensamiento político y una especie de vago presentimiento de las cruzadas. En aquel tiempo los cristianos de Europa que se dirigian á Jerusalen eran recibidos en un hospicio cuya fundacion se atribuye á Carlo-Magno. Hacia fines del siglo IX, el monje Bernardo, de origen francés visitó los Santos Lugares con otros dos religiosos, y vió el hospicio de la Iglesia latina, compuesto de doce casas ú hospederías; en aquel establecimiento habia una biblioteca pública, como en los demás hospicios fundados en Europa por Carlo-Magno. A este edificio piadoso estaban unidas tierras, viñas, y un jardin, situado todo ello en el valle de Josafá. El deseo de recojer reliquias y las especulaciones del comercio multiplicaban los viajes á los paises de Ultramar; el 15 de Setiembre se celebraba todos los años una feria en Jerusalen; habia generalmente un mercado delante de la

iglesia de Santa María Latina. Los mercaderes de Venecia, de Pisa, de Génova, de Amalfi y de Marsella tenían factorías en diferentes comarcas de Oriente. Los viajes á los Santos Lugares fueron ordenados como penitencias públicas, como medios de expiación. En 868, un magnate breton llamado Fretmond, que habia asesinado á su tío y á su hermano menor, hizo tres veces la peregrinacion para obtener el perdon completo de sus crímenes. Cencio, prefecto de Roma, que habia insultado al Papa en la iglesia de Santa María la Mayor, que le habia arrancado de los altares y sepultado en un calabozo, fué condenado á ir á llorar sobre el Santo Sepulcro.

»Estas peregrinaciones frecuentes habian establecido relaciones de fraternidad entre los cristianos de Oriente y los de Europa. Una carta de Hélio, patriarca de Jerusalem, escrita 881 y dirigida á Carlos el Jóven y á la gran familia del Occidente cristiano, nos ofrece la expresion solemne de esas relaciones dulces y piadosas. El patriarca pinta el estado triste y lastimoso de la iglesia de Jerusalem; los pobres y los monjes están expuestos á morir de hambre, falta el aceite para las lámparas del santuario; los cristianos de Jerusalem imploran la compasion de sus hermanos de Europa. No nos queda monumento alguno que nos manifieste como respondió la Europa cristiana á aquella tierna invocacion; pero es de creer que los dos monjes encargados de traer la carta de Hélio no se volverian con las manos vacías.»

»Tal es la relacion que nos hacen dos cristianos de reputacion, acerca de las peregrinaciones á los santos Lugares. Ahora bien; cuando los caminos que conducian á Jerusalem estaban llenos de infieles que hacian dificultosísimas ó casi imposibles las peregrinaciones ¿no era conveniente formar un ejército de cristianos, que acabasen con aquellos peligros y abriesen paso franco á la devocion del mundo cristiano? Las expediciones eran numerosas y ni aun de este modo habia seguridad de que pudiesen terminar con completa felicidad. Ya vimos que en 1054 el obispo de Cambrai se habia puesto en camino de Jerusalem al frente de tres mil peregrinos de Picardia y de Flandes, y que esta tropa que los escritores designan con el nombre de *ejército del Señor* fué muy mermada en Bulgaria, tanto por el acero de los enemigos como por el ham-

bre. Con gran trabajo unos alemanes piadosos que partieron de las orillas del Rhin el año 1064 llegaron á la ciudad Santa donde fueron recibidos por el patriarca con muestras del mayor regocijo y al son de los timbales.

«Gregorio VII, ese pontífice de alma tan grande, fué el primero que intentó formar un ejército para combatir á los musulmanes, y en efecto logró reunir 50.000 cristianos que á una insinuacion suya tomaron las armas con tan plausible motivo. Hemos reproducido unos párrafos de la Historia de las Cruzadas que escribieron Mr. Michaud y Mr. Poujoulat, y sentimos en verdad tener ahora que censurar á estos escritores por otra parte muy eruditos, por la ligereza con que juzgan los actos del gran Pontífice San Gregorio VII, falseando de un modo lamentable los hechos. Hé aquí de que modo se explican: «Este Pontífice detenido en Europa por proyectos ambiciosos, olvidó al Oriente y á Jerusalem.» No necesitamos hacer una nueva defensa del gran Pontífice, del que tanto nos hemos ocupado y el que seguramente no necesita nuestros pobres elogios. Sus hechos están á mas altura que nuestras frases. Si San Gregorio se detuvo en Europa, si no se puso al frente de aquel ejército para marchar á Jerusalem, fué porque asuntos de la mayor importancia le obligaron á obrar de esta manera. Nada estuvo mas léjos de este Papa que el formar proyectos ambiciosos. Solo aspiró á la gloria de Dios y al esplendor de la Iglesia, nave mística cuyo timon le habia sido encomendado por la Providencia.

»Digno de eterna memoria se hizo Pedro el *Ermitaño*, pobre cenobita que fué el que dió la señal de la gran guerra del Occidente contra el Oriente. Lleno de fé y animado por un santo celo, salió de su retiro para llevar á cabo la peregrinacion á Jerusalem, habiendo merecido que el papa Urbano II no solo aprobase su pensamiento, sino que le prestase su concurso para que pudiese realizarlo. En el concilio de Clermont, en Auvernia, se trató el asunto de la Tierra Santa. La voz de Pedro el Ermitaño resonó en aquella numerosa asamblea reunida en la plaza mayor de Clermont, y que era presidida por el Sumo Pontífice, que ocupaba el elevado trono que le habia sido preparado. En seguida el papa Urbano tomó la palabra, y con una elocuencia mas que humana, habló de las continuas amenazas que los bárbaros hacian á la Eu-

ropa, de los ultrajes que los cristianos recibían á cada paso de los infieles, y sobre todo, de la necesidad imperiosa de evitar los grandes males que en la Palestina experimentaban los fieles que allí residían, y los que acudían movidos de su devoción para visitar los santos Lugares de la Redención. El terreno digámoslo así, se hallaba ya preparado, puesto que Pedro el Ermitaño, que había hecho un viaje á Jerusalem donde había sido testigo de los males que en su discurso lamentaba el papa Urbano, cumpliendo la palabra que diera al patriarca Simeon, había recorrido no solamente la Francia, sino la mayor parte de la Europa, predicando por todas partes y conmoviendo á las gentes con sus narraciones de lo que ocurría en los santos Lugares. Así, pues, el papa Urbano era escuchado por la multitud que llenaba la plaza de Clermont, y cuando conjuró á los valientes para que se reuniesen con objeto de llevar á cabo una obra tan meritoria, con la que podían conquistar el cielo, todos exclamaban en el colmo del entusiasmo: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!*

»Imposible es pintar con vivos colores el espectáculo que en aquellos momentos tuvo lugar: el representante de Jesucristo sobre la tierra, el sucesor legítimo de Pedro, llamando á la puerta de los corazones, con el poder de su palabra, y los hombres de todas las edades vertiendo lágrimas de consuelo y anhelando el momento de tomar las armas para ser fieles servidores de la Iglesia. Nadie se excusó, y antes por el contrario, se vió que todos estaban animados por el mismo espíritu. Los obispos, los caballeros, los fieles todos se apresuraron á jurar que marcharían á Jerusalem. Todos colocaron sobre sus trajes respectivos una cruz roja de paño ó de seda, de lo que proviene el nombre de *cruzados*.

»La precipitación no hubiese sido conveniente, y así, habiendo tenido lugar el concilio de Clermont, donde se decidió la cruzada, en el mes de Noviembre de 1095, se decidió que la marcha se emprendiese en el mes de Agosto del siguiente año. De esta manera se daba tiempo para que se aumentase de un modo considerable el número de los cruzados. No se perdió el tiempo que medió entre la decisión y la realización de la cruzada. El papa Urbano en los varios concilios que celebró en diferentes puntos, despertó el entusiasmo por la guerra santa, y los obispos en sus respectivas diócesis, se

ocuparon en predicar la cruzada, consiguiendo tanto fruto que les faltaba el tiempo para bendecir cruces, banderas y armas. Jamás se ha visto un entusiasmo tan general por ninguna otra causa. El Sumo Pontífice abría los tesoros espirituales de la Iglesia concediendo gracias á los que se alistaban en el número de los guerreros, y á esto se añadían privilegios temporales, siendo uno de ellos el que ningún cruzado pudiese ser molestado por sus acreedores mientras tanto durase la guerra santa. Parece que al predicarse la cruzada se habían olvidado todos los negocios interiores de los pueblos y de las familias, pues no se trataba ni se oía hablar de otra cosa que de la guerra santa. La conquista de la Palestina y de todo el Oriente era el sentimiento general, tanto en Francia donde nació el pensamiento, como en Italia, Inglaterra, Alemania y España. Como el Papa concedía la absolución de sus pecados á los que recibían la cruz y juraban ir á Jerusalem, presentáronse muchos hombres que hasta entonces habían sido criminales, y que tal vez por evitar la acción de la justicia vivían apartados de la sociedad continuando en su vida de bandidos, para tomar la cruz y expiar sus crímenes luchando en defensa de Jesucristo.

»Hubiera sido ya imposible de todo punto contener el entusiasmo de la multitud, alistada en las banderas de la Cruzada, y todos se hallaban ansiosos por la llegada del momento en que habían de emprender la marcha. No eran ya tan solamente guerreros esforzados, sino hasta familias enteras los que se disponían á partir, y por todas partes no se oía otra exclamación mas que la de *¡Dios lo quiere!* Los ancianos que agobiados por el peso de los años se hallaban imposibilitados de emprender la marcha, lloraban su impotencia y se consolaban animando á sus hijos y á sus nietos para que sin temor alguno combatiesen por Jesucristo.

»Llegó la primavera del año 1096.

»El entusiasmo no pudo contenerse por mas tiempo, y los caminos empezaron á verse cubiertos de peregrinos armados.

«Allí no había clases, condiciones ni jerarquías, El obispo y el pastor, el grande y el pordiosero, todos agrupados al rededor de las banderas formaban una sola clase.

»¡Ante las obras emprendidas por la fé desaparecen las diferencias sociales y la vanidad del mundo!